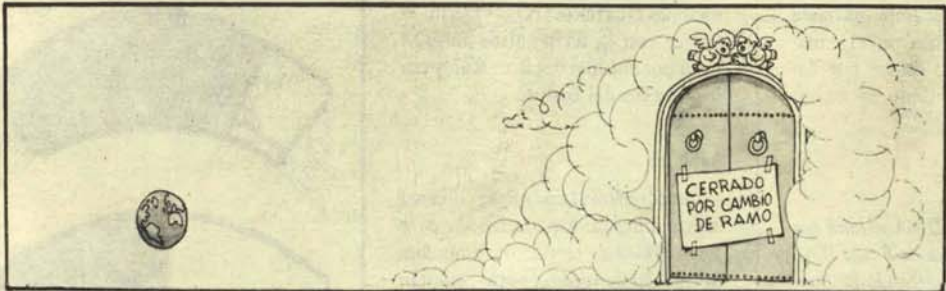
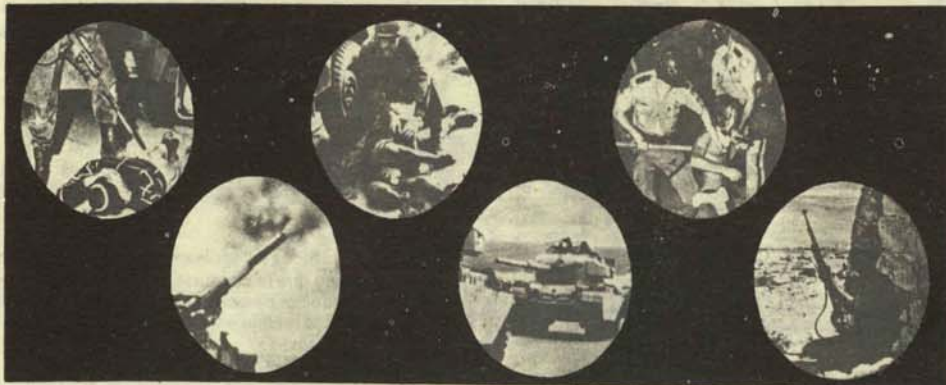


QUINTO



CONVERSION

EL personaje de Pérez Galdós, Torquemada, gran prestamista y hombre de negocios, se murió gritando: «¡Conversión!, ¡conversión!»; los que estaban en torno a su lecho de muerte se miraban, edificados, ante tan pía demanda, hasta que alguien se dio cuenta de lo que quería decir el moribundo: era la conversión de la deuda pública nacional en privada, idea genial del moribundo, pero que la muerte le impidió llevar a la práctica. Algo parecido a la muerte del papá Goriot, de Balzac, que exhaló el último suspiro besando un crucifijo, cosa insólita en un hombre que había pasado la vida indiferente a cosas de Iglesia, pero alguien se dio cuenta del motivo de tan extraño acto: el crucifijo era de plata maciza.

Convertir quiere decir literalmente «cambiar una cosa en otra», y por extensión, según algunos lógica, cambiar a una persona de una religión falsa a la verdadera, sin que se explique en ningún diccionario por qué medios puede averiguarse cuál es verdadera y cuál no. A Andrés Segovia, el guitarrista, fue una vez a verle un obrero español en Nueva York, que le hizo la siguiente consulta: «Yo vivo en casa de unos norteamericanos que quieren que me case con su hija, pero lo malo es que insisten en que tengo que hacerme protestante». «Hombre», contestó Segovia, «eso es demasiado personal para que yo pueda aconsejarle, es usted quien tiene que decidir, de acuerdo con su conciencia». «No, don Andrés», replicó el obrero, «si es lo que yo les digo, que no creo en mi propia religión, y es la única verdadera, y quieren que crea en la de ellos». La verdad es que hay gente de lo más poco razonable.

Hay conversiones póstumas, según la tradición medieval: el Papa Gregorio Magno se pasó la vida rezando por la del emperador Trajano, que era pagano y había perseguido a los cristianos; tanto insistió que, según la leyenda, Dios volvió a Trajano a la vida durante una milésima de segundo, lo suficiente para que el emperador muerto se diese cuenta de sus errores y se convirtiese, pasando inmediatamente del infierno, o de donde estuviese, al cielo. Las malas lenguas dicen que estaba en el limbo, donde acabó reuniéndose con San Gregorio.